

ninos Más que un gato

Elsa Lever M.

Miguel lo recibió en la Navidad de 1996, entre contento y temeroso, seguramente por la responsabilidad que le implicaba cuidar de alguien más que no fuera él mismo.

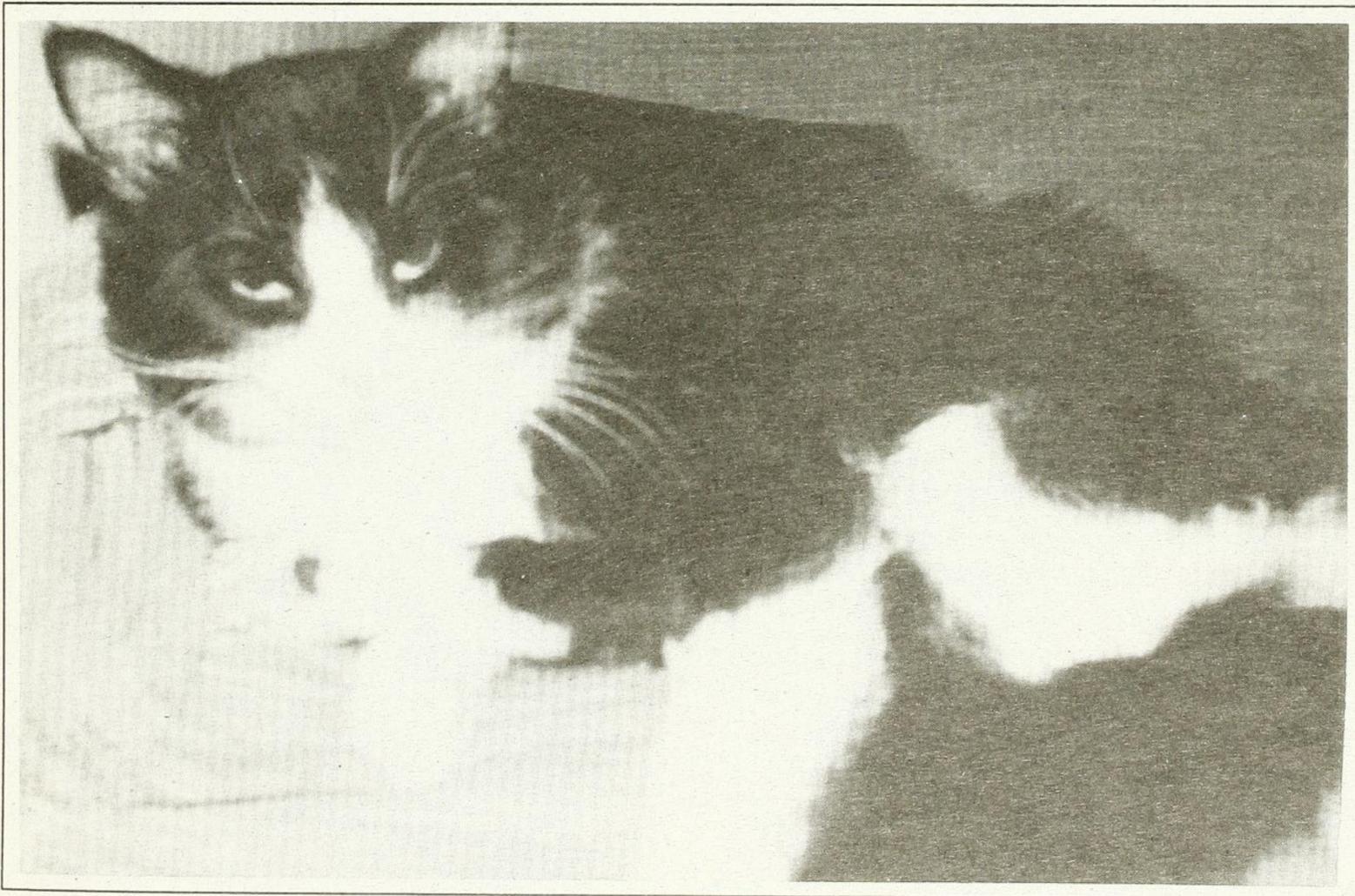
Anubis, tímido, se dejó estrechar y acariciar pese al estorboso moño de regalo que aprisionaba su cuello.

Llevó poco tiempo acostumbrarlo a las reglas necesarias para la convivencia entre un gato y un niño. Aprendió pronto. Aunque no dejó nunca de ser introvertido y huidizo con la

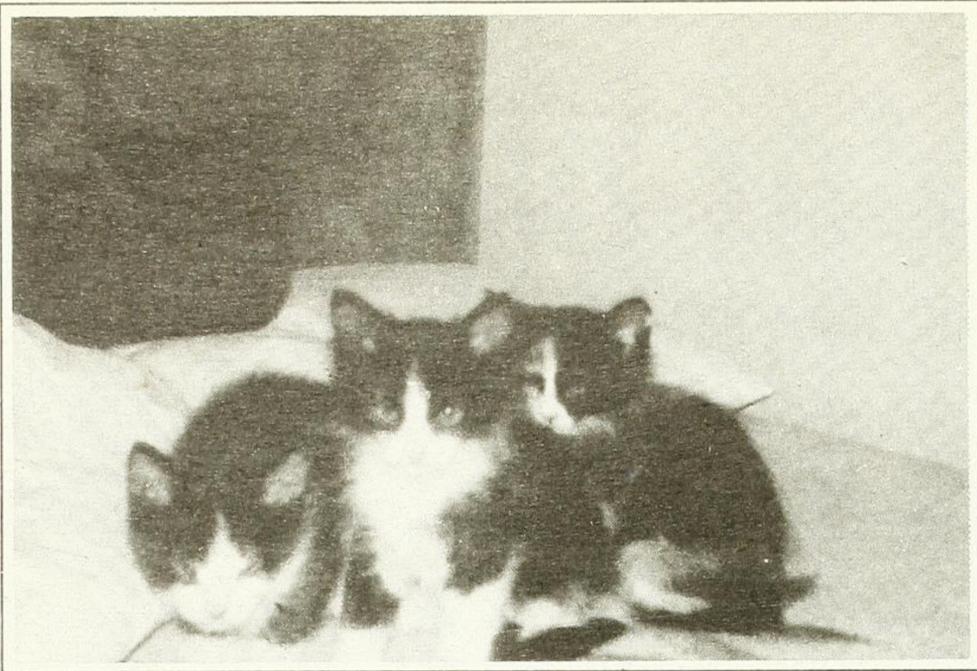
gente extraña a él, con su amo fue siempre cariñoso y buscaba también los apapachos que Miguel pudiera prodigarle. Eran cada uno la compañía del otro. No había alguien más, sólo ellos dos.

Y es que Miguel, acostumbrado a la soledad, encontró en Anubis algo más que a un simple gato. Este se convirtió en el receptor de las alegrías, corajes y tristezas de su amo. Era su amigo, su hermano menor. El único ser en esa casa capaz de entenderlo. ¿Cómo no resentir su partida? ¿Cómo no llorar su ausencia?

Nadie sabe cuándo perderemos a quienes queremos. Miguel tampoco lo sabía y



Francisco Antúnez



por eso educó a su gato para la vida, con los regaños y caricias que ello implica.

¡Cuántas veces no le llamó la atención por comerse las plantas decorativas que hallaba a su paso! ¡Cuántos enojos por su blanco pelo adherido a cualquier superficie! ¡Cuántas ocasiones tuvo que recoger los trocitos de periódico regados en el piso al afilarse las uñas! De haber sabido que Anubis se iría para siempre, Miguel habría procurado darle sólo buenos ratos.

El es amante de los gatos. Los admira y además le enorgullece haber desarrollado la habilidad para comunicarse con ellos. Por eso se dio cuenta que Anubis estaba enfermo.

Se le llevó con un veterinario que posiblemente no tenga ni licencia para ejercer. ¡Qué va a saber uno! Cuando lo que más se desea es que se atienda a nuestro ser querido, confiamos en quien se supone sabe más que nosotros, en el especialista que aparentemente tiene la experiencia y la capacidad profesional necesarias para ejercer como tal.

No es grave, dijo. Es un mal -obstrucción intestinal y retención de orina en la vejiga- característico de los gatos. Con una operación sencilla y alimentación adecuada queda listo. ¡Pobre Anubis! ¡En qué manos quedó!

Un par de días bastó para que Anubis cayera en estado hipotérmico, amén del intenso dolor y debilidad que lo dominaban.

Obviamente se le canalizó con otro veterinario, quien se dio a la tarea de tratar de remendar los errores de su colega. Pero el daño ya estaba hecho.

Anubis fue internado y asistido noche y día. Por el especialista -éste sí lo es- Miguel supo que su gato no debería haber muerto. Que el otro "veterinario" practicó todo de la peor manera.

Pero luego de tres días en los que Anubis estuvo con suero, calefacción directa y vigilancia continua, no pudo recuperar la temperatura ni las fuerzas suficientes para vivir.

Finalmente murió, -en los últimos días de noviembre- sin haber cumplido siquiera un año al lado de su amigo. Miguel quedó solo nuevamente, pero esa soledad ya no es igual. Ahora es más profunda, más dolorosa.

También, con su corta edad, ya tiene acumulado el rencor. No por ser la vida de un animal, se

estima menos. ¿Qué se puede hacer contra quienes en vez de sanar, matan? se pregunta impotente. ¿Cómo adivinar, saber, reconocer la clase de "especialistas" a los que se acude? Deberían estar clasificados con números de estrellas, como los hoteles.

Anubis ya no andará más por la casa de Miguel. Ya no se acurrucará junto a él ni compartirá más su vida.

Miguel quisiera que su gato estuviera aún ahí. Que fuera de nuevo la Navidad de 1996, que se lo regalaran y que comenzara todo de nuevo. Entonces lo amaría aún más, sin importar que tuviera que seguir quitando su pelo de cada mueble, y apilando periódicos para que afilara sus uñas.

Esto es en memoria de Anubis, porque Miguel lo quiso tanto, como yo a este niño. *Fam*

